

AÑO XXIII.—NÚM. 6501

12 DE ENERO DE 1883.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 12 de Enero de 1883

¡EL 13 DE ENERO!

Vivimos del recuerdo; nuestra existencia es una serie no interrumpida de sensaciones, en que el espíritu, no tanto se mueve bajo las impresiones del presente, como á los estímulos del pasado. La memoria, con su facultad retentiva, es, digámoslo así, la retina, donde se graban como en imagen, con sus atractivos de forma y de poesía, toda esa serie de acontecimientos que agitan nuestra alma, en visión constante, ya muevan á las más gratas de las complacencias, ya revistan los caracteres del dolor ó de una amarga tristeza. El pasado es en la vida íntima, como en la universal de los pueblos, la poesía del presente y la virtud práctica del porvenir. En el orden moral, es el libro de las grandes enseñanzas; por eso la humanidad, por más que pretenda vivir solo para el presente, no podrá nunca prescindir de su pasado; el recuerdo será siempre, al par que su recreo, el consejero de sus acciones.

En la historia de nuestro pueblo hay un acontecimiento, que por su carácter, por su índole y por su trascendencia, está llamado á perpetuarse indefinidamente en la memoria de todos, de generación en generación, por la corriente inmensa de los tiempos, con toda su horrible poesía, con sus mismos luctuosos atavios; con todo lo que de grande en sí tuvo el más atrevido hecho de nuestra época. ¿Quién de entre nosotros no recuerda la fecha del 13 de Enero de 1874! En ella está sintetizado todo un poema de desdicha; ella marca el fin de una resistencia heroica, el término de una lucha fratricida. La aurora de aquel día al estender su luz por estos horizontes, dejó ver sobre un páramo inmenso de ruinas, una bandera que no era la de la víspera. Ese páramo era nuestro pueblo, esa bandera simbolizaba el renacimiento de la paz.

Manuel Gonzalez.

ECOS DE MADRID.

11 de Enero de 1883.

¿Qué pensarán de la culta capital de España, los que tengan noticias de los escándalos que ha habido en el Teatro Real y en el Circo de Price?

Los abonados al primero no están contentos con la empresa; pero en vez de alborotar, estéril y ruidoso desahogo, podían pedir que les devolvieran su dinero.

Pero ya se vé, esta determinación no proporcionaría al alegre carácter español esos momentos de expansión que tanto le divierten.

En el Circo de Price los escándalos han sido cuatro y seguidos. Representábase la *Africanita*, una zarzuela que ha arreglado del francés el Sr. Larra.

En el idioma de Moliere la protagonista era americana, el autor español la ha hecho africana; y no es extraño que el Africa que ántes empezaba en los Pirineos según la frase de nuestros convecinos, haya empezado las últimas noches en el Teatro de Price.

La obra—yo no la he visto—pero me cuentan que no merecía tanto ruido. Parece ser que lo que en ella pasa no interesa, y el público numeroso siempre en aquel teatro y muy alegre, comenzó á reforzar el coro con sus voces y el golpear de los bastones. Era la víspera de Reyes; costaba 5 pesetas gritar en las calles y 50 céntimos gritar en el Teatro.

La gente encontró sin duda más económico gritar en el templo del arte y puede decirse que allí se reconcentró todo el vocerío que ántes se desparramaba por las calles.

Al día siguiente la misma función. Los que se encontraban no se decían: vamos á Price.

La frase general era ésta:

Vamos á silbar la *Africanita*.

La silba fué mayúscula; pero aquella noche hubo partidos. Unos silbaban, otros querían aplaudir.

No necesito añadir que hubo palos.

En la tercera noche hubo armas cortantes y pinchantes y algunos espectadores tuvieron que ir á la casa de Socorro, mientras que otros eran guiados á la prevención.

En la cuarta noche había tantos espectadores como guardias de orden público y entonces los primeros poseídos de un entusiasmo inconcebible se dedicaron á aplaudir.

Entre estos aplausos murió la obra.

Pero lo terrible es que queda la costumbre de los escándalos... porque la verdad es que muchos salían del teatro diciendo:

—Esto es una diversión,

En este desorden de ideas hay mucho que contar de la semana.

La otra mañana á las ocho había gran número de fieles en la iglesia de las Monjas de Vallecas.

Un sacerdote oficiaba en el altar mayor, y otro en el confesionario tenía á sus pies á un penitente.

En medio del silencio y del recogimiento ven algunos levantarse de pronto al pecador, que era un aragonés y oyen todas estas palabras:

—Salga V. que me lo voy á comer.

Dirigiese al confesionario y algunos que trataron de calmarle le esperaron más hasta el punto de abofetear al eclesiástico y á los que procuraban apaciguarle.

Escuso pintar la alarma que cundió y la agitación que se apoderó de todos los ánimos.

El sacerdote que oficiaba, con dulce palabra trató de calmar al que tal escándalo producía y no tardó en ser víctima de sus golpes.

Gritaban unos, huían otros, estos salían á la calle pidiendo auxilio, aquellos aspiraban á sujetar al hombre que fuera de sí repartía bofetones á diestro y siniestro.

En esto llega un guardia, desenvaina la espada, el aragonés se apodera de ella y le hiere, recuperala el guardia en la lucha y hiere á su vez á su adversario logrando sujetarle y llevarle á lugar seguro.

¿Se trataba de un loco?

Dicen unos que sí y otros que no. La causa de su arrebato se ignora; pero el espectáculo que dió nos coloca por un momento en cafrería.

Otro suceso no menos bárbaro registra la semana.

Había en la plaza de la Cebada un tinglado en el que se exhibían figuras para distracción de la gente menuda. Una niña de ocho años, movida de infantil curiosidad, se asomó á una de las rendijas del tinglado para ver lo que había dentro.

Un segundo después lanzó un grito desgarrador.

La habían arrojado al rostro un líquido que resultó ser ácido sulfúrico.

El autor de esta gracia había sido un criado del dueño de las figuras, que al cometer tan horrible atentado desapareció sin que hasta ahora hayan podido hallarle.

La pobre niña sufrió dolorosas quemaduras.

Ha muerto en el hospital un poeta cómico de los que más ingenio han demostrado en los últimos tiempos.

Aludo á Pelayo del Castillo.

Podría tener de cuarenta á cuarenta y dos años y hace más de veinte que vivía de milagro. Perezoso, abandonado, sin poder sujetarse á las fórmulas de la vida civilizada, en plena bohemia, aunque soportando con indiferencia su miseria, solo escribía cuando encontraba alguien que se tomara el trabajo de esplotarle.

Pasó una larga temporada escribiendo escenas chispeantes por un modesto cocido y un pobre lecho. Todos los escritores admiraban su ingenio y le querían, pero huían de él, porque inspiraba lástima y al mismo tiempo causaba indignación su desidia.

Jamás pedía y á veces no aceptaba las dádivas de la amistad. No he oído decir que cometiera ningún acto censurable. Por eso digo que ha vivido de milagro!

Si se reunieran sus escasas obras parecerían el ingenio más rico aprisionado en los harapos de la miseria.

Como suele decirse Dios le ha hecho un favor llevándosele.

Aunque él ya no sufría, hacía sufrir.

—Mucho tarda en abrir la criada.

—Se habrá dormido.

—Vuelve á llamar.

—No abre...

—Llamemos al sereno y á un cerrajero. Puede haber sufrido la pobrecita algún accidente.

Poco después supieron los amos que volvían muy tranquilos del teatro, que la criada se había marchado con dos mil pesetas en metálico y cuantas alhajas había podido escomotear.

—Señora! señora!

—¿Qué es eso hombre... por qué me amenaza Vd. con esa pistola.

—Si no me dice V. donde está la criada, la mato.

—Yo que sé, la he despedido... baje V. ese cañón que me horroriza.

—Esta escena pasó en una casa el otro día. Por supuesto que hombre y pistola fueron á la prevención.

No era conveniente dejar sin correctivo semejante modo de preguntar á las amas de casa, por las maritornes.

De una casa desapareció la otra noche un reloj de sobremesa. Era de bronce y pesaba una arroba.

—Y quien lo robó?

—Eso no se pregunta, un ladrón de primera fuerza.

Habla un periódico y dice:

«El célebre tomador *Ratón*...

Una pregunta: ¿qué adjetivo vamos á emplear en lo sucesivo para llamar á Colón, Cervantes y demás hombres ilustrados?

Los prestamistas de Madrid han notubrado una junta para que estudie el medio de emprender un camino distinto del que hoy sigue su gremio.

—Nada más fácil, decía uno acosumbrado á tratarlos.

Con dar 5 por 100 al mes en vez de cobrarlo, varían de rumbo y ganarán el cielo.

JULIO NOMBELA.

CRONICA

Ha sido nombrado administrador